

Breve repaso a la obra del cardenal Newman

Son dos las razones por las que John Henry Newman se ha hecho célebre, ya desde su tiempo, y es conocido hoy como una de las grandes figuras del pensamiento universal¹. Me estoy refiriendo a su interés por la Educación, en especial por la superior, sobre la que estableció nuevos principios, aún perfectamente válidos, y a su sincero y documentado estudio sobre la religión y las Iglesias, principalmente la de Roma y la anglicana.

Su padre, que estaba preocupado por dar una seria formación cultural al hijo, le envió, siendo un niño, a un colegio particular, en Ealing, cerca de Londres, regentado por el doctor George Nicholas, profesor inteligente y cariñoso, que se había graduado en Oxford. Sabemos que allí, sin ser un prodigio, como algunos han pretendido, mostró afición por el estudio y que aprendía con facilidad. El mismo director solía decir que ningún alumno había pasado por el colegio desde el primer curso hasta el último con tanta rapidez.

(1) J. H. Newman nació en Old Broad Street en la ciudad de Londres, el 21 de febrero de 1801 y murió el 11 de agosto de 1890. Su padre, de familia oriunda del condado de Cambridge, era banquero de profesión. Su madre descendía de una familia protestante francesa que se había trasladado de Francia a Inglaterra después de la Revolución del Edicto de Nantes. Era el mayor de seis hermanos, tres varones y tres hembras. Fue sin duda alguna uno de los personajes más brillantes de su época. Su influencia en el campo de la educación y en el religioso ha trascendido los límites de su país y de su siglo.

Concluidos los estudios en aquella escuela, fue enviado, por expreso deseo de su padre, a Oxford, a la universidad más famosa de Inglaterra, con la idea de que hiciese una carrera brillante, ingresando en el reconocido colegio de la Trinidad. La ilusión con que el joven de 15 años entró en aquel centro universitario es indescriptible. A través de infinidad de cartas que se suceden desde el primer día de su estancia allí, dirigidas a su familia y en las que cuenta con detalle todo lo que va ocurriendo, sabemos lo a gusto que se encontraba.

Sin embargo, no todo obedecía a sus expectativas. El llevaba la intención de estudiar y leer mucho, pero la universidad pasaba entonces por momentos de decadencia general, de modo que nadie le prestó ayuda alguna, resultando su trabajo prácticamente infructuoso. «En aquella época la idea de estudio era nueva en el lugar y sólo se había implantado en algunos colegios que eran los que tenían tutores... Así me encontré con que no se me ayudaba nada en mis estudios y con que no tenía ningún guía... Tuve, pues, que estudiar por mi cuenta y ¡qué pobre y poco convincente resultaba esa enseñanza...!»²

A pesar de todo, las cosas fueron cambiando paulatinamente gracias a su entusiasmo y esfuerzo. Así, a los dos años de su ingreso, aconsejado por su tutor, cuya amistad se había ganado, se presenta a una de las becas que habían salido para toda la universidad, llegando a conseguirla después de varios meses de trabajo sin tregua. Este éxito le dio fama y su nombre empezó a sonar en el ámbito universitario. Pasados dos años más llegó el momento de presentarse a los exámenes finales por los que le sería concedido el título de Bachiller en Artes, primer grado académico otorgado por las universidades inglesas; pero, aunque obtuvo el grado, no consiguió honores de primera clase, destinados a los alumnos más destacados. Este suceso supuso para Newman, joven de gran amor propio, un tremendo fracaso. Su juventud, su falta de experiencia y la escasa ayuda prestada por los tutores pudieron haber sido las causas determinantes de aquel triste desenlace.

(2) J. H. Newman, *Autobiographical Writings*, trad. esp. de Sofía Martín Gámero, Madrid, 1962, p. 57.

Newman no quiso resignarse a ser un universitario de segunda fila, y, convencido, como estaba, de que su fracaso en los exámenes finales no había sido la medida de su capacidad y conocimientos, decidió presentarse como candidato a una «Fellowship» en el colegio de Oriel³. Tal decisión parecía un disparate a sus compañeros que trataron de disuadirle por todos los medios ya que tales plazas parecían reservadas sólo a quienes se habían destacado en los exámenes de fin de carrera. El, no obstante, con ilusión por una parte y cierto recelo por la otra, se fue preparando día a día, de manera que cuando llegó el momento de los exámenes se encontraba de tal modo preparado que el resultado no fue otro que un nuevo éxito. Los electores no dudaron en votar a su favor siendo incluso preferido a compañeros que más tarde ocuparían ambiciosos puestos en diferentes estamentos de la sociedad inglesa. Aquel fue el día más feliz de la vida de Newman. El nunca había ambicionado nada mejor ni honor más elevado que vivir y morir como profesor de aquel acreditado centro universitario. A partir de entonces será miembro del «Common Room» pudiendo sentarse al lado de eminentes figuras universitarias como Edward Hawkins o John Keble, a quienes siempre había admirado⁴. Es entonces cuando empieza a ser conocido en Oxford como hombre de gran personalidad y talento y a llamar la atención de sus discípulos.

En 1826, transcurridos cuatro años, es elegido tutor del mismo colegio. El consideraba una tutoría como el logro máspreciado, pues, además de ser un cargo vitalicio, que le permitía vivir indefinidamente en Oxford, cosa que siempre había soñado, le situaba en una posición preeminente desde donde podría ejercer su influencia. Al principio se entregó en cuerpo y alma a la labor docente; más tarde ésta fue entorpecida por las diferencias entre Hawkins, nuevo director y él mismo, a propósito del sistema educativo y del sentido que había que darle a la tutoría. Atacó el favoritismo y el carácter de policía académica de los tutores. Se lamentaba del escaso contacto de

(3) «Fellowship» es la posición y dignidad de la persona que forma parte del cuadro docente de un colegio universitario.

(4) «Common Room» es la sala de profesores de cada uno de los colegios universitarios.

éstos con sus discípulos. El verdadero tutor era aquel que gozaba de entera libertad para organizar su programa y al que se reconocía una misión pastoral entre los alumnos que tenía a su cargo. El director no compartía estos puntos de vista con él, y, habiéndose agravado las cosas, aquél decidió retirarle los alumnos, viéndose éste en la necesidad de renunciar a su cargo antes que a sus principios, cosa que ocurrió en el año 1832. Durante los años en que ejerció como tutor fue nombrado examinador público y predicador de la universidad, cargo inherente al de vicario de Sta. María.

En 1851, transcurridos casi veinte años desde que Newman había abandonado la actividad universitaria, recibe de parte del arzobispo Paul Cullen una solicitud para que preste su ayuda en orden a fundar una universidad católica en Irlanda. Tres meses más tarde el citado jerarca le visitaría para ofrecerle el puesto de rector.

La creación de una nueva universidad en Irlanda era una idea que se venía gestando desde hacía bastante tiempo, pero la jerarquía católica no se sintió nunca atraída por tal proyecto pues consideraba que, si ésta iba a depender y ser financiada por el estado, su programa educativo sería enteramente laico, cosa que no satisfacía los deseos de la iglesia. La universidad que ahora iba a nacer estaría bajo la autoridad del Papa, la iglesia correría con sus gastos y estaría destinada a los católicos de habla inglesa.

Newman, que con ilusión renovada había recibido aquel encargo, pronto vio frustradas las esperanzas puestas en la nueva empresa. La rivalidad, tan acusada entonces, entre ingleses e irlandeses se hizo notar también en el campo educativo. Londres no quiso dar una carta de reconocimiento de los títulos de la nueva universidad. Los estudiantes ingleses se sintieron indiferentes ante la nueva institución y continuaron poniendo los ojos en Oxford y en Cambridge. Por otra parte los irlandeses se sentían disgustados con un inglés al frente de su primer centro educativo, y además la jerarquía católica no entendía la libertad que se daba a los estudiantes a pesar de las explicaciones de Newman en torno a las diferencias

entre lo que es una universidad y lo que debe ser un seminario o convento.

No obstante lo anterior, la fundación de aquel nuevo centro fue la ocasión para que Newman, que había reflexionado tanto sobre el asunto universitario y sobre el que tenía tanta experiencia, pronunciase unos importantes discursos recogidos en la obra «The Idea of a University» acerca de la naturaleza y fin de la educación universitaria.

Pero Newman no es sólo un universitario de vocación, es también un creyente y un hombre de iglesia. Su madre, mujer fervorosa, le había educado en el gusto por la lectura de la Biblia y el estudio del catecismo que sabía de memoria⁵. Al mismo tiempo leía libros de oraciones y frecuentaba iglesias. Su religiosidad, como es natural, no era entonces de carácter dogmático sino más bien moral⁶.

Es a los 15 años cuando tuvo lugar un gran cambio en su pensamiento religioso. «Caí bajo la influencia de un credo definido y recibí en mi inteligencia impresiones de lo que es un dogma, que por la misericordia de Dios nunca se han borrado en mí ni obscurecido»⁷. El instrumento humano de aquel alumbramiento a la fe fue el profesor Walter Mayers que puso en sus manos libros de la escuela de Calvino. Contactos posteriores con personalidades eclesiásticas de distinta tendencia le permitieron añadir nuevas creencias a su fe calvinista y desechar otras por inútiles.

Su amistad con Richard Whately, profesor de Oriel y miembro del partido liberal, le acercó a esta corriente hasta el punto de sentirse arrastrado por ella como muy bien hizo notar en su «Apología pro vita sua»: «La verdad es que comenzaba a dar preferencia a la perfección intelectual sobre la moral, y me dejé arrastrar por el liberalismo del día»⁸. Más tarde despertaría de lo que él llamaría un sueño.

(5) J. H. Newman, *Apología pro vita sua*, trad. esp. de Daniel Ruiz Bueno, Madrid, 1977, p. 3.

(6) Geoffrey Faber, *Oxford Apostles*, Londres, 1974, p. 10.

(7) J. H. Newman, *Apología pro vita sua*, ... p. 5.

(8) Cfr. op. cit., p. 14.

Al no conseguir, como sabemos, honores de primera clase e ir ganando terreno las ideas religiosas día a día decidió recibir órdenes sagradas, siendo a continuación nombrado vicedirector de St. Alban Hall y vicario de St. Clemente. Más tarde lo sería de Sta. María, iglesia universitaria y de Littlemore, aldea cercana a la ciudad.

Por aquellas fechas Newman dedica mucho tiempo al estudio de los Santos Padres y al comportamiento de la iglesia primitiva. En 1832 cansado y recién dejada la tutoría hace una gira por el Mediterráneo visitando Roma entre otros puntos de atracción. Durante aquel período de tiempo ocurre su ya famosa enfermedad en la isla de Sicilia. Tiene la obsesión de que una gran labor le espera en Inglaterra y de que aquella enfermedad es como un medio de purificación para emprenderla. Al regresar de su viaje se dispone a comenzar lo que conocemos en la historia con el nombre de Movimiento de Oxford, cuyo inicio oficial tuvo lugar a raíz del sermón predicado por Keble en Sta. María y que luego se publicaría bajo el título de Apostasía nacional. Este famoso movimiento religioso que duró aproximadamente desde el año 33 al 45 se desarrolló en una ciudad que vivía en una atmósfera de ansiedad religiosa. Se trataba entonces de salvar la iglesia de Inglaterra de la enorme crisis por la que atravesaba. La autoridad había perdido su fuerza. El poder civil intervenía en los asuntos internos de la iglesia. Los jefes de ésta fueron en ocasiones insultados y amenazados. Los verdaderos principios eclesiásticos habían decaído y desaparecido virtudes importantes como la sencillez y el desprendimiento, y en fin las ideas reformistas de los liberales representaban una seria amenaza tanto para la universidad como para la iglesia.

El papel de Newman en el Movimiento fue singular y decisivo. El no era el cabeza de un partido sino el autor principal de una escuela de pensamiento. El era el gran ideólogo que concebía el Movimiento no como una obra sistemática sino como el arte de promover la verdad por medio de individualidades.

Su labor durante casi 15 años fue enorme. Redactó y publicó libros y otros escritos como los «Tracts for the Times»,

principal órgano de difusión de las nuevas ideas. Pronunció conferencias y predicó sermones, en especial, desde el púlpito de Sta. María. Escribió numerosas cartas, mantuvo frecuentes contactos con amigos y alumnos, visitó clérigos y eclesiásticos de distinto grado, etc.

Las bases de la reforma eran fundamentalmente tres:

1) Newman sostiene que una religión debe estar basada en el dogma. No entiende una fe como mero sentimiento, pues esto equivaldría a un sueño o una burla. Si el Movimiento es una lucha contra el liberalismo debe tenerse en cuenta que éste es antidogmático, por lo que el principio del dogma debe mantenerse por encima de todo.

2) Cree en la existencia de una iglesia visible con su jerarquía, ritos y sacramentos; canales de la gracia invisible.

3) La opinión que tiene de la Iglesia de Roma es totalmente desfavorable. Debido a algunos de los libros que había leído y en especial a la influencia de los teólogos anglicanos, Newman llegó entonces a sentir verdadera aversión hacia aquella comunión cristiana.

En 1837 publica la obra: «The Prophetical Office of the Church», en la que propugna la llamada «Via Media», doctrina que pretende trazar las líneas fundamentales por las que marcha la fe cristiana, determinando la relación entre los sistemas romano y anglicano. «Es menester para nosotros tener una teoría positiva sobre la Iglesia, levantada sobre bases sólidas»⁹.

Dos años más tarde siente serias dudas sobre el anglicanismo y su sostenibilidad. La causa de aquellas dudas estaba en el conocimiento que había adquirido de la cristiandad primitiva. Tenía la impresión de que Roma estaba en el mismo lugar de siempre mientras que Inglaterra era la representante ahora de las famosas herejías de los primeros siglos.

Otros dos años y sale a la luz el «Tract 90» en el que trata de dar una interpretación benigna de la doctrina contenida en los «39 Artículos», considerando que fundamentalmente ha-

(9) Cfr. op. cit., p. 57.

bían sido redactados contra el Papa como jefe político, no contra el dogma romano y en todo caso en un sentido vago y ambiguo, capaz de ser nuevamente interpretado. Las críticas no se dejaron esperar así como la inmediata condena de superiores y compañeros. Como consecuencia cae en una profunda crisis religiosa que le lleva con el tiempo a renunciar al Movimiento, incluso a dejar sus cargos y volver al estado laical. A pesar de todo no tiene intención de abandonar su iglesia, por cuya reforma tanto ha luchado; sigue incluso buscando justificaciones para su credo anglicano como puede ser la santidad de sus afiliados que la historia atestigua.

Cansado de insultos y vejaciones se retira a Littlemore, donde había comprado unos terrenos para hacer una casa rectoral. Los periodistas le acusan de que aquella casa es como un convento, nido de papistas, a los que contesta que él no intenta nada eclesiástico sino personal y privado. Lo que sí es cierto es que desde allí comienza a tener contacto con personalidades católicas a las que manifiesta su estado interior y a leer algunos libros de este mismo signo. Es entonces cuando comienza a escribir su «Ensayo sobre la evolución de la doctrina cristiana» donde refleja los cambios que en él se van operando.

En 1843 va a dar pasos importantes en su andadura hacia el catolicismo. El primero de ellos consistirá en retractarse de todo cuanto había dicho en contra de Roma y el segundo en renunciar a la vicaría de Sta. María, cargo que aún ejercía, pero que ya le parecía incompatible con sus nuevas ideas. Después se seculariza manteniéndose en la iglesia anglicana como un laico, cumpliendo con sus deberes religiosos y evitando al mismo tiempo todo contacto con los católicos y sus cultos con los que aún no está de acuerdo. Su decisión levantó entonces críticas tan acerbas que le hicieron exclamar: «Ninguna decencia se ha guardado en el ataque contra mí por la autoridad y ninguna protesta se ha levantado contra ella»¹⁰.

Por fin en 1845 había llegado ya al convencimiento total de que Roma era la iglesia verdadera, heredera de la primitiva

(10) Cfr. op. cit., p. 174.

cuya historia y glorias conocía y que Inglaterra, a pesar de todo, era la cismática. A finales de aquel mismo año Newman hace profesión de su fe católica ante el sacerdote pasionista Domenico Barberi, lo que comunica se mismo día a sus amigos y conocidos. Después de una previa preparación teológica se ordena sacerdote, fundando una casa-oratorio en Birmingham desde donde ejercerá su labor apostólica, llena de satisfacciones y contratiempos. Al final de su vida y como recompensa por sus trabajos el Papa León XIII le crea cardenal.

La personalidad tan relevante de Newman en la universidad y en la iglesia ha sido a mi juicio la causa de que otro aspecto no menos importante de su vida haya quedado en la penumbra. Me refiero a su misma obra literaria a través de la cual nos ha dejado conocer su capacidad intelectual y emotiva a la vez. El ha sido sin duda un escritor nato, que se ha ocupado en sus escritos de los temas más variados: filosofía, historia, educación, teología, etc., hasta el punto de que sería difícil, si lo intentásemos, encuadrarle en una determinada clase. Las antologías más importantes recogen fragmentos significativos de su obra, ya en prosa ya en verso, según sus propósitos. Lo que pasa es que se trata de un escritor ocasional, como bien hace notar él mismo: «I can never write well without a definite call». Escribe no por razones puramente literarias sino cuando hay motivo para ello o alguna necesidad; si es necesario propugnar alguna idea, defender un pensamiento o rebatir una censura. Se revela y se proyecta a través de sus escritos buscando que le entiendan: «I think I have never written for the writing's sake, but my one single desire and aim has been to do what is so difficult: to express clearly and exactly my meaning»¹¹. Sobre todo lo que persigue con la pluma es dar a conocer su pensamiento acerca de la universidad, institución que le fue tan querida, y acerca de sus convicciones religiosas según iban cambiando. Posiblemente sea ésta la razón por la que sus escritos resultaron tan interesantes en aquella época de crisis universitaria y ansiedad religiosa y el moti-

(11) J. H. Newman, *Lectures on the Present Position of Catholics in England*, The American Press, 1942, notas del editor, p. 336.

vo por el que hoy han caído casi en el olvido al no encontrarlos sus lectores en un contexto semejante.

Quizás haya otra razón de peso por la que suena poco como escritor y tengamos que relegarlo, muy a pesar nuestro, a una segunda fila. Es ésta la gran producción literaria de su siglo. Bástenos con citar a novelistas como Charles Dickens o a poetas como los Tennyson o los Browning que en su campo no tenían rival. De todos modos su obra literaria está ahí esperando ser redescubierta y nuevamente apreciada.

Newman empieza a escribir siendo un niño. A los 7 años ya se dirige por carta a su madre desde la escuela para anunciarle la fecha de sus vacaciones de verano. Sin retórica, por supuesto, sólo para informar dice: «Dear Mamma: I am very glad to inform you that our Vacation commences on the 21st. Jns, when I hope to find you all well. I am Dear Mamma. Your dutiful Son. J. H. Newman». A los 9 años escribe su diario anotando en él las cosas típicas de cada día. Un año más y redacta sus primeros versos en lengua latina. A este propósito, en sus «Escritos Autobiográficos» leemos: «Sin haber sido un niño precoz, ya desde los 11 años empezó a escribir composiciones en prosa y en verso, dando muestras en su prosa de estar dotado de gran sensibilidad y de esforzarse en cuidar el estilo¹². Estando en la escuela tuvo la iniciativa de fundar unos periódicos llamados «Spy» y «Beholder», basados en el «Spectator» de Addison, donde él y sus compañeros publicaban artículos. Siendo alumno en el colegio de la Trinidad fundó otro periódico en compañía de su condiscípulo J. W. Bowden y escribió un poema. Siendo ya profesor de Oriel colaboró con su amigo Richard Whately en la obra titulada «Elements of Logic» en la que según su autor tuvo una honrosa participación.

A partir de 1833, en que se inicia formalmente el Movimiento de Oxford, bajo la influencia de Keble y Hurrell-Froude, sus compañeros, Newman llegará a su madurez como escritor y será a partir de entonces cuando comenzará a desarrollar una labor literaria casi ininterrumpida.

(12) J. H. Newman, *Autobiographical Writings*, ... p. 49.

Vayamos por partes y refrámonos ahora a los géneros que cultivó y en general a sus obras más relevantes:

Como ya hemos señalado, Newman empezó a escribir cartas siendo muy joven, primero desde la escuela y más tarde desde la universidad. Los destinatarios eran normalmente sus padres y hermanos a quienes informa puntualmente de su situación, con todo lujo de detalles, interesándose al mismo tiempo por el bienestar de los suyos. Desde que llega a ocupar cargos universitarios y sobre todo a partir del año 33, la correspondencia será cada día más frecuente y variada. Los destinatarios serán ahora sus superiores, los compañeros, también gentes de distinta ideología. El motivo de las mismas será unas veces de carácter educativo y otras de signo eclesial. El lenguaje, respetuoso, pero al mismo tiempo directo y sin complejos, permitirá que su pensamiento sea captado y la verdad aceptada.

Como buen inglés, Newman era amante de anotar los sucesos de su vida cotidiana. Es por ello por lo que conservamos rica documentación en este sentido. Sus diarios escritos con esmero y con detalle son una fuente histórica valiosísima para el investigador interesado en conocer la vida de las principales instituciones de su época.

Newman, como admirador que era del historiador Edward Gibbon, sintió verdadero interés por el pasado; claro que ambos tenían una visión de la historia muy distinta. Para éste las nubes que en ella se veían formaban parte del paisaje, mientras que aquél miraba con dolor la ausencia de Dios en las mentes de los hombres prolongada a través del tiempo.

Como en repetidas ocasiones había leído y se había empapado en la historia de la iglesia primitiva, llegó el momento de hacer su primera relación de los hechos estudiados. La obra «The Church of the Fathers», publicada por capítulos en la «British Magazine», evoca una serie de grandes figuras como Ambrosio, obispo de Milán en lucha contra el poder civil en la persona de la emperatriz Justina. Quizás el encanto más grande de la obra reside en el relato que hace referencia a la amistad y santidad de San Basilio y San Gregorio Nacianceno. En

las páginas que se refieren a la conversión de San Agustín, el autor hace un admirable análisis psicológico del hombre sin religión, donde todo es dolor y amargura. «The Arians of the fourth century» es otra obra de carácter histórico, escrita con sencillez y en calma, a través de la cual se llega a una interesante aproximación sobre la disputa arriana desde su aparición hasta que la herejía es condenada. El autor establece diferencias entre el espíritu del cristiano primitivo y el del protestante actual sin descubrir, aún, que aquél es idéntico al del católico romano.

Entre las obras históricas merecen citarse por su interés los «Autobiographical Writings» y de manera especial la «Apologia pro vita sua». Newman, teniendo en cuenta que su larga y fecunda existencia podría ser mal interpretada, sintió la necesidad de poner por escrito los trances más decisivos de su vida. Los citados Escritos comprenden dos Notas autobiográficas, la Memoria autobiográfica, su Enfermedad en Sicilia y el Diario católico.

La primera de las Notas es un breve resumen de su vida desde el nacimiento hasta el año 1833 y la segunda, partiendo del mismo punto abarca hasta el año 1863. La Memoria es más extensa que las Notas. En sus páginas podemos ver al Newman niño, en la escuela, como alumno del colegio de la Trinidad, en fin, como profesor y tutor del colegio de Oriel, etc. Termina dando cuenta del conflicto entre él y Hawkins, habido por discrepancias académicas. En el escrito bajo el título: «Mi enfermedad en Sicilia» cuenta su gira por el Mediterráneo, acompañando a Hurrell Froude, una vez que ambos abandonaron la tutoría de Oriel. Son interesantes las descripciones que hace de los lugares por donde pasa, sobre todo las apreciaciones sobre Roma, ciudad tan llena de connotaciones religiosas. El interés del escrito reside en particular en el hecho de la enfermedad padecida durante el viaje que no es relatada como un fenómeno más de su vida sino en estrecha relación con la obra de reforma religiosa que presumía le esperaba en Inglaterra. El Diario católico más que un diario propiamente tal, es un conjunto de notas y comentarios personales a su vida como católico con sus momentos buenos y malos.

Entre todos los escritos de Newman la obra más importante es sin duda la arriba mencionada «Apología por vita sua»: Historia de sus ideas religiosas desde su misma infancia hasta el año 1845 en que decide hacerse católico. Como ya hemos señalado, a él le preocupaba la tergiversación que se podría hacer de sus ideas y de su comportamiento, de un modo especial referente a su etapa protestante. Deseoso de contarnos este período de su vida encontró clara ocasión cuando un popular escritor le atacó formalmente acusándole de pensar a la ligera sobre la virtud de la veracidad¹³.

La obra puede dividirse en cinco capítulos bien definidos: El primero resume su pensamiento religioso desde la niñez hasta el inicio del Movimiento de Oxford. El segundo habla de los orígenes del Movimiento y principios en que se basa, así como de una «Via Media por la que se trata de dar una base teológica al Anglicanismo. El tercero recoge las dudas serias que siente con respecto a su credo y los intentos de armonización entre éste y el romano. El cuarto da cuenta de su contacto con personalidades católicas y de algunos pasos previos a su conversión. El quinto pretende reflejar su estado interior una vez convertido.

Newman escribió mucho sobre cuestiones filosóficas, sin embargo los tratados de Historia de la Filosofía apenas le nombran. Su obra «An Essay on the Development of Christian Doctrine» escrita en el retiro de Littlemore tiene carácter histórico y filosófico a la vez, colaborando ambas ciencias en la construcción de una teoría maravillosa sobre la evolución del pensamiento. En la introducción dice que la naturaleza del espíritu humano precisa tiempo para llegar a la plena comprensión y a la perfecta definición de las grandes ideas. En el cuerpo del escrito, refiriéndose a las verdades de fe, dirá: «Here below to live is to change, and to be perfect is to have changed often». Años más tarde publicó un libro puramente filosófico bajo el extraño título de «An Essay in Aid of a Grammar of Assent». Estudia en él las leyes misteriosas por las que

(13) El escritor al que nos referimos era Charles Kingsley, profesor de Historia Moderna en Cambridge, ferviente anticatólico y miembro destacado del grupo llamado Socialista Cristiano.

el entendimiento humano presta o no asentimiento a una proposición. Pasa después a distinguir los diferentes actos por los cuales el espíritu se pone en contacto con dicha proposición: la duda, la inferencia y finalmente el asentimiento.

La mayor parte de la obra de Newman tiene sin duda alguna un matiz religioso; no obstante algunas de ellas en concreto poseen un valor puramente teológico. Aparecen la mayoría de estos escritos a partir de los primeros años de la década de los treinta en que se fragua el Movimiento de Oxford. Los llamados «Tracts for the Times» eran unos opúsculos a través de los cuales los hombres más destacados del Movimiento exponían sus ideas respecto al mismo. Solamente Newman escribió unos 29, colaborando en casi todos los demás, siendo todos ellos de un gran efecto.

Entre su obra teológica merecen destacarse sus Discursos y Conferencias; pero de manera especial sus Sermones parroquiales y universitarios. Debido a que escribía y leía los sermones, han sido conservados casi en su totalidad, perteneciendo la mayor parte de ellos al período en que ostentó el cargo de vicario de Sta. María, es decir, desde el año 1828 hasta 1843 y siendo recogidos en varios tomos bajo el título «Plain and Parochial Sermons».

Para formarnos una idea cabal de su obra predicada deberíamos leerla, y mejor hubiera sido aún escucharla de sus propios labios, sin embargo bastaría con revisar algunas porciones más significativas para alcanzar nuestro propósito. Son sermones destacados el primero universitario, el predicado en Ulcombe sobre la santidad, el pronunciado con motivo de la restauración de la jerarquía católica, el último en Littlemore, etc.

No todos los que los han leído mantienen el mismo criterio ni en cuanto a la forma ni en cuanto al fondo de los mismos. Así respecto al mensaje que Newman quiere transmitir a sus lectores hay al menos dos teorías. Unos consideran que dicho mensaje está lleno de la misericordia de Dios, mientras que otros opinan que todo él está basado en el temor. Cualquiera de estas teorías puede justificarse después de una sencilla lectura; no obstante lo que ocurre es que Newman que conoce

y sabe que el Evangelio es amor, no ignora que el miedo puede ser un acicate para conducir a la conversión.

Respecto a la forma, las opiniones también están encontradas y aparentemente, al menos, son contradictorias. Así hay quien sugiere que los sermones son ricos no sólo en lógica sino también en retórica, entendiendo por tal no un uso florido del lenguaje en sí, sino un sencillo y al mismo tiempo exquisito arte literario que da cohesión a la argumentación haciéndola más vigorosa. Sin embargo también hay quien piensa que el estilo de Newman al menos en sus días anglicanos era deliberadamente austero, sin adornos e inclusive escueto. Los primeros replican a los segundos que el arte retórico que ellos propugnan está precisamente en esa sencillez y en ese lenguaje sincero y directo de cada frase que conduce a la siguiente, disponiendo al lector favorablemente hacia ella. En efecto, tampoco en este caso las opiniones pueden considerarse irreconciliables, pues, tras la lectura de unas cuantas páginas, uno siente una doble sensación: austeridad en el lenguaje y belleza en la expresión. El discurso es sencillo, en él nada hay elaborado, sólo, eso sí, una fácil dialéctica que conduce a la rápida solución de problemas vitales.

Como ya advertimos previamente Newman a propósito de la creación de una universidad católica en Dublín y ser requerida su colaboración tuvo la ocasión de pronunciar unos importantes discursos que recogen su pensamiento sobre tal institución. Esos discursos constituyen la famosa obra titulada «The Idea of a University».

«La Idea de la Universidad», desde el punto de vista de la forma, está redactada en un estilo sencillo; el lenguaje pulido y cortés, que busca la persuasión de los destinatarios, es en algunos momentos delicadamente humorístico.

A través de la obra trata Newman de dar a conocer los principios por los que, según él, debía regirse aquella nueva universidad. Su idea dominante es el cultivo del «intelecto» como fin primordial de toda educación superior. Este cultivo consiste para él en un adiestramiento de dicha facultad en orden a aprehender la verdad, objeto último de nuestra mente.

Para ayudarnos a entender esta doctrina la ilustra con un símil físico: «La salud no parece un bien en sí misma, pero de ella proviene la fuerza, la energía, la agilidad y de todo ello necesita el hombre cuando tiene que hacer un esfuerzo corporal. Así el cultivo del intelecto puede parecer vano, pero si el hombre, mediante el entrenamiento de esta potencia del alma, aprende a pensar, razonar, comprender, discriminar, analizar, refinar el gusto, formar el juicio, agudizar la visión mental, habría dado un paso importante para ser un buen abogado, un buen médico o un buen hombre de estado...»¹⁴.

En el prefacio de la obra define la universidad como un lugar donde se imparte el conocimiento universal. Esto implica que su objeto es por una parte intelectual y no moral y por la otra que se trata más de la difusión y expansión del conocimiento que del progreso. Esta educación liberal no debe ni caer en compromisos con las diferentes convicciones sociales ni estar mediatizada por la iglesia; antes al contrario, debe abrirse sin reservas a todas las ramas del saber y a todas las variedades de la ciencia, sin excluir ninguna de ellas, pues una exclusión en este sentido dañaría el conocimiento y destruiría la armonía de dichas ciencias. Por tanto él propugna la inclusión de la teología en los programas universitarios, lamentando que no se haya hecho antes, sobre todo teniendo en cuenta que ésta no sólo es una parte del conocimiento general sino una especie de condicionante del mismo. La educación liberal así entendida hace al hombre, al «gentleman»; para hacer cristianos y católicos está la iglesia. Pero, ¿quién es el «gentleman»? Es el hombre que mediante este tipo de adiestramiento es capaz de desenvolverse en cualquier puesto y en cualquier momento, con soltura y elegancia. Debido a esta concepción educativa Inglaterra ha tenido sin duda alguna la mejor clase dirigente de toda Europa durante muchos años.

No podemos terminar este breve estudio sin referirnos a Newman como poeta. Su lugar como tal no es preeminente; queda un tanto rebajado por las grandes figuras de su siglo. Pero no cabe duda de que en él reside un talento poético digno

(14) L. Trilling y H. Bloom, *The Orford Anthology of English Literature: Victorian Prose and Poetry*, New York, 1973, p. 126.

de ser destacado. Algunos de sus poemas tienen su mérito propio, y así ha sido reconocido; otros lo tienen y grande en el contexto de fervor religioso de aquella época.

La inclinación a escribir versos la sintió Newman desde muy pequeño, desde la escuela misma. Consta que siendo estudiante universitario en el colegio de la Trinidad hacía algún tipo de composición, unas veces por vocación poética y otras con motivo de alguna prueba académica. Concretamente sabemos que compuso un romance en colaboración con Bowden, su compañero, basado en la matanza de S. Bartolomé. El argumento hacía referencia a la desgraciada unión de un caballero protestante con una dama católica que habría de terminar en la trágica muerte de los dos debido a las maquinaciones de un sacerdote cruel y fanático, llamado inadecuadamente Clemente.

La mayoría de sus primeros versos fueron escritos durante su gira por el Mediterráneo en un clima de entusiasmo y excitación religiosa. Sentía una tremenda aversión hacia los liberales con quienes iba a competir en la ardua tarea de reformar la Iglesia de Inglaterra, una vez regresase a su país. Toda aquella emoción se vio plasmada en pequeñas composiciones poéticas, que empezaron a aparecer en la «British Magazine», junto con otras de sus compañeros. Más tarde tales composiciones fueron recogidas en la conocida «Lyra Apostolica».

Fue en el barco, cruzando el estrecho de Bonifacio donde Newman escribió su mejor poema: «Lead Kindly Light». «Fue aquí donde las impresiones de la vida pasada, los propósitos para el porvenir y las intuiciones, todavía no claramente expresadas, que había recibido durante su enfermedad en Sicilia le inspiraron la sublime poesía lírica, cuyas palabras resuenan todavía hoy como dulce melodía en el corazón de muchos ingleses»¹⁵.

Con sentido cristiano y profético a la vez Newman invoca la protección del cielo para iniciar con éxito la obra reformista que a pesar de muchos sinsabores habría de dar excelentes frutos:

(15) G. Regina, *El Cardenal Newman en sus Escritos*, Madrid, 1960, p. 30.

Guíame, luz gentil; entre las tinieblas,

¡guíame tú!

Negra es la noche, lejana está mi casa,

¡guíame tú!

Dirige mis pasos; cosas apartadas

no quiero ver — me basta un paso.

Nunca estuve como ahora; ni te pedí así

que me guiaras.

Gustábame escoger mi camino; pero ahora

¡guíame tú!

Deseaba los días de esplendor y el orgullo me guiaba;

despreciaba el peligro: no quiero recordarlo.

Siempre me favoreció tu poder; aun hoy

me guiará

por cenegales y espesuras, por montes y torrentes,

hasta que desaparezca la noche

y me sonrían en el alba las caras angélicas,

queridas mucho tiempo y ahora perdidas.

Pasados los sesenta años, Newman empieza a sentir la muerte como una realidad cercana, lo cual excita su imaginación hasta el extremo de sentirse impulsado a escribir un poema sobre las postrimerías bajo el título de «The Dream of Geron-tius», publicado en 1865, después del éxito de la Apología. El poema comienza presentando al anciano en el lecho de la muerte en actitud de insistente súplica ante el tremendo desenlace que se avecina:

¡Jesús, María!

Cerca estoy de la muerte,

y Tú me estás llamando,

ahora lo sé.

No por el anuncio

del respirar incierto,

del frío en el corazón,

de esta mi frente humedecida.

(Jesús, ten compasión!;

María, ruega por mí!)

No; es una sensación nueva,

jamás antes sentida

(asistidme, Señor, en mi fallecimiento!)
de que me acabo
de que ya no existo.

Fortalecido por las plegarias de sus amigos y reconfortado con los sacramentos logra pasar a la otra vida en estado de gracia, a pesar de los ataques demoníacos. Su Angel de la Guarda le lleva a la presencia del divino Juez. Por fin el alma, como a petición propia marcha hacia el Purgatorio.

El poema que es sin duda uno de los mejores, está todo él lleno de belleza lírica, contenido filosófico y valor teológico.

JOSÉ RAMÓN RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ
Escuela Universitaria del Profesorado
de E. G. B. de Oviedo